pero que a duras penas alcanza a esbozar una caricatura grotesca y sin vida. Elementos tales como el narcotráfico, la aburrición matrimonial, la clase media en vías de extinción, la carencia de valores, los secuestros, los negocios sucios, las estafas y defraudaciones financieras, la prostitución disimulada, etc.,etc.,etc., conforman el panorama y el terreno en el cual pretende florecer algo así como un dramatizado de intriga, pasión y suspenso, salpicado de sufrimiento humano, de intentos fallidos de penetración en la psicología de los personajes. Para darles un cariz "interesante" a los tres jóvenes en cuestión, Molina Gracia los compromete, además, en la lucha contra un grupo religioso llamado los quietistas, cuyo poder manipulador está a punto de hacer sucumbir a Cristóbala en una oscura filosofía medievalista que, si no fuera por la ligereza con que el autor se refiere a ella, podría hasta ser hermosa. No obstante, lo que pretendía/o prometía ser el plato fuerte de la novela tampoco es desarrollado, y al final del libro nos encontramos con que la lucha contra los quietistas está aún por empezar. Esto en sí no tendría nada de malo, si no fuera porque desde el principio esta lucha a muerte se nos venía anunciando.

Los recursos empleados para armar este mamotreto sin pies ni cabeza ni posibilidad alguna de salvación, son un lenguaje pobre, pálido reflejo del lenguaje cotidiano, unas cuantas citas eruditas desperdigadas y desperdiciadas, unos diálogos forzados y artificiales y una serie de chistes de salón ramplones que se unen entre sí por medio de un hilo marrativo que se pierde en la aburridora maraña de episodios inconexos y que terminan sin mayor pena ni gloria en el mismo punto en el que había empezado. Verdaderamente, *La chispa de la vida,* como la pobreza imaginativa de su título lo sugiere, nos remite a un absoluto silencio de palabras, de deseos y de pensamientos.

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Afilada ironía, recreo verbal, burla mesurada

El signo del pez
Germán Espinosa
Editorial Planeta, Bogotá, 1987, 231 págs.

Concluida la lectura del último libro de Germán Espinosa, *El signo del pez,* resulta evidente para el lector encontrarse frente a un autor que paso a paso ha forjado—con la minuciosidad del artista oriental— una obra de recuerdo perdurable, un cosmos muy propio y original, cuyo eje central se mueve impulsado por la erudición, expuesta con el mejor estilo narrativo, ameno y sin falsas ostentaciones, y la poesía en constante equilibrio. Estas dos vertientes se desplazan, como destellos convenientemente repartidos, entre la afilada ironía, el recreo verbal, la burla mesurada, el guiño, que preparan el camino para el encuentro con la reflexión, la información —real o recreada— de hechos y personajes históricos.

En esta última obra del autor cartagenero, hallamos reedificada la vida y caminos de Saulo —o Paulo— de Tarso, o, lo que viene a ser lo mismo, los difíciles comienzos del cristianismo, cuando pretendía imponerse —a través del verbo de sus primeros representantes— al imperio romano. La manera como se nos ambienta este proceso es altamente lograda; se recuperan todos los pormenores de la época, color y olor, diríamos, las situaciones político-económicas del "año 64 de nuestro calendario gregoriano", la formación de Saulo de Tarso, en todas sus etapas, destinada a convertirlo en "mensajero de Yahvé", en fin, un argumento formidable, que requiere de un no menos formidable tratamiento; y es en este aspecto donde Germán Espinosa vuelve a demostrarnos sus amplias capacidades narrativas.

Consideramos, por eso, necesarísimo insistir en el interesante manejo literario del autor, y en las situaciones en que coloca a sus personajes, desplazándolos en torno a sucesos idénticos, y creando con ello un interés creciente: tenemos, por ejemplo, el peculiar amor de Saulo de Tarso con Aspálata, una griega—y hetaira— iluminada por el saber y la devoción que experimenta ante el muchacho —y después el hombre— a quien ella intuye como un predestinado, y a quien protegerá con fiel empeño,

hasta verlo sucumbir físicamente ante el verdugo. La profundidad de los diálogos, usados diestramente, para resumir las corrientes del pensamiento; ahí aparecen los filósofos estoicos, sus debates, el asombro que el joven Saulo experimenta ante sus disertaciones; sus dudas, sus convicciones; la perfectamente lograda charla de reprimido amor entre Saulo y Aspálata (parte segunda, capítulo VII), en donde brillan todos los elementos que conforman al narrador de gran psicología e inteligencia perspicaz. Una de las mejores capacidades de Espinosa es la disposición permanentemente reflexiva a lo largo de sus páginas: "La muerte, cuya inmensa tristeza había experimentado [...], no se le aparecía ahora como la gran enemiga del hombre, como una fuerza maléfica liberada por Yahvé, sino más bien como una amiga embozada pero benéfica, cuyo solo e irremediable defecto consiste en no saber golpear a tiempo".

Es de realzar este aporte culminante sobre lo que son —o fueron— los "milagros" en la época primaria del cristianismo: "En su antigua estancia en Mareotis, con la secta de los terapeutas, había aprendido que algunos males —en esencia aquellos

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.

que motivan estigmas corporales [...] —tenían raíz en el alma y eran, como quien dice, producto de una autosugestión del enfermo [...]. Las ingéni-

tas facultades hipnóticas y telérgicas de Saulo era suficientes para liberar esa fuerza, la *vis medicatrix naturae,* fuerza del organismo capaz de gestar defensas contra la enfermedad [...]. De allí que Jesús se tomase el cuidado de insistir en que sus curaciones no eran resultado de poderes personales suyos, sino de la propia fe del enfermo (con lo cual, en últimas, se limitaba a significar la autosugestión)". De hecho, la "resurrección de Cristo" fue claramente el resultado de una "autohipnosis", la "catalepsia profunda, el estado de *Jinas,* el trance perfecto. Los latidos de su corazón se harían imperceptibles, su cuerpo rígido como el de Lázaro en la tumba".

Al igual que en *La tejedora de coronas,* o en *Los cortejos del diablo,* novelas que enriquecen con creces el panorama de la narrativa latinoamericana, en *El signo del pez* Germán Espinosa vuelve a adueñarse de una época, hasta en sus mínimos detalles, y nos la entrega, con su vigoroso estilo, quedando incluso la sensación de que el mismo autor es otro de los habitantes de su novela, de la época en que ésta palpita, y que ha regresado desde remotos años para relatarnos lo que vio, o padeció, o pensó.

Es reconfortante leer obras de tal acabado, sobre todo en este período tan débil de la narrativa colombiana, donde abundan novelistas de una sola y mediana novela, o novelistas cuyo número alarmante de obras es tanto como el de su falta de arte y oficio, o floripondescos distribuidores de palabras, o indolentes escribidores que consideran el arte de narrar como un trabajo de fin de semana. Con Germán Espinosa, los lectores de novela —en cualquier parte del mundo— tienen mucho que ganar y disfrutar. Deseamos y esperamos desde ahora la nueva obra que produzca su genio narrativo, sea cual sea la época que trate, aunque a veces quisiéramos —como lectores— constatar cómo deambularía su pluma en torno a los episodios y realidades que marcan ahora nuestra cotidianidad colectiva.

EVELIO ROSERO DIAGO

Luto por el desamor

Un vestido rojo para bailar boleros
Carmen Cecilia Suárez
Ediciones Pijao, Bogotá, 1988, segunda edición, 93 págs.

Este libro nos presenta 36 textos breves, muy breves. En su mayoría hablan del desamor, del abandono, de la soledad y del deseo por un hombre que estas mujeres protagonistas sienten; que esta mujer, una, Marta, o cualquier otra, siente. Como quiera que se nombren: textos, relatos, cuentos, están escritos casi todos en primera persona, con un lenguaje directo y simple, a manera de confesión íntima, de secreto de diario, sin escondederos poéticos ni eufemismos, donde cada cosa es llamada por su nombre. Narran situaciones cotidianas, hechos diarios, como lo son el desafecto, la huida y la consabida espera; momentos que nos llegan hasta el fondo del estómago para revolcarlo un poco. Excepto algunas narraciones, como *Deja que el destino nos una* —donde el protagonista es él, quien se enamora de "la voz de la mujer ideal" y quien muy pronto sufre los reveses del destino—, relato que se sale de la unidad del libro, el resto son una misma historia, un mismo clamor, idéntico deseo, el sufrimiento por su ausencia, el revivir un momento de amor o de pasión, o recordar su olor hasta hacerlo invadir el espacio, o la esperanza puesta en secreto en el oráculo de la bruja al leer las cartas, o en el horóscopo del periódico: "espera que es tu hombre"; o en la untura del "quereme", que ha comprado al indígena. Sí, hablan de la soledad, donde ésta a veces se confunde con el estar sin él; y del amor, quizás equivocado con otros deseos que no son amor. En fin, cuentan del miedo de él. ¿Cómo es que ellos aman?, sería la pregunta o...¿por qué todos se van sin decir nada?

Ella casi nunca tiene nombre y está confundida, pero es sin lugar a dudas la protagonista de la soledad y el deseo, de la cama fría y de una necesidad loca de ser amada por alguien que no la abandone así, como la dejan todos: "Una noche más te esperaré desnuda en mi cama. Ansiaré sentir tu cuerpo sudoroso y tu apremio de otros días. Pero amanecerá y aún no habrás llegado" (pág. 69). Ella es la amante, no la esposa. "Todos dicen que no pareces casada. Posiblemente porque aún guardas, quizá como trofeo de tu lucha, tu sonrisa, tu apertura, tu eros, te sientes mujer. No; la mujer casada debe ser sólo señora, no mujer" (pág. 27). Ella es pura agua, sensualidad, deseo, y amar es su pasión, y también tiene su vida cotidiana, su trabajo y sus sueños. Le gusta escribir, leer, ser

Digitalizado por la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia.